

## Flotando en el tiempo

Por EUGENIO MIGUÉLEZ RODRÍGUEZ

Después de dos días conviviendo con nuestros antiguos condiscípulos del Seminario de El Espino, volvimos a encontrarnos los dos solos, relajados y contentos de que el trabajo de los preparativos hubiera sido plenamente positivo.

Mientras tomábamos la primera copa, la conversación fue cotejando a los catorce hombres maduros que acababan de dispersarse con la imagen de los rapazuelos que en 1950 habíamos confluído en aquel antiguo cenobio para compartir juegos, ilusiones y estudios. Después de cuarenta años, nos presentamos como alto ejecutivo, o empresario, o catedrático, o como Decano de Derecho, o profesor de primaria, o diplomático, o superior de un convento.

En el bar siguiente, Benito siguió con la copa de vino y yo la cambié por la copa de cubalibre. Nuestra conversación fue girando de lo concreto a la reflexión teórica, que incluyó la valoración de tantos centros que, en una época histórica, protagonizaron la promoción social y cultural de generaciones de hijos del minifundio y del secano achaparrado.

Los neones bañezanos trocearon la penumbra y la distribuyeron por múltiples rinconadas. Juntos, ambiente y alcohol, propiciaban la metáfora y la parábola verbales. El bochorno exterior iba cediendo alguna esquina a levísimas brisas que aliviaban las mentes de los dos peripatéticos. Los bares abiertos prolongaban hasta sus terrazas los punzantes reclamos sonoros de las tragaperras o el estridente ruido de algún disco juvenil. Probablemente nadie también nos dirigió hacia los banquillos verdes del solitario mostrador. También pidió por nosotros unas bebidas que el camarero nos presentó educado. Pronto no pude distinguir si los vasos o las copas permanecían o se reponían, pero los veía siempre de colores diferentes.

La papalina se apoderó de nosotros, creo que de los dos, educada y serena, y nos aconsejó obedecer la primera insinuación del camarero. Mesas y sillas de la terraza formaban dos pilas que sorteamos sin el menor desequilibrio. Felizmente, no se nos proyectó la imagen temeraria del coche, sino la del bar de guardia de la Estación, refugio de insomnes, trasnochadores y transeúntes. El efecto de la bebida tornaba inoperante el alivio que la noche esparcía por las tranquilas calles de La Bañeza.

La puerta del bar de la estación se incrustaba, descolorida y agrietada, en el dintel desconchado. Los postigos prestaban fondo a los vidrios estrellados y hacían de triste escaparate a algunos deformes vidrios polvorientos.

— ¡Claro! Llegamos cinco años tarde.

— ¡Eso! El tren nos lo trajo y el tren nos lo llevó. Bendito sea el tren.

Una observación superficial constató sólo el destrozo de las dos farolas y nos prometió impunidad por humedecer la esquina.

La modorra buscó asilo y sólo encontró un posible sucedáneo de asiento en el borde del andén. No nos supuso excesivo esfuerzo colgar de él las torpes pisadas. Enfrente, sobre el empalme de dos raíles, dejó olvidado el último viento un escualido cardo, que, mientras esperaba que alguna tolvanera le hiciera reemprender el viaje a la nada, se había fundido en un esquelético e impúdico abrazo con un yerbajo errante. Algo más lejos, una abultada bolsa de plástico aguardaba en vano, suicidamente, la rueda trituradora y asesina. Bajo mis pies, dos cañas de avena loca habían doblado su hueca madurez inútil sobre el raíl gemelo. A una breve brisa escintiló la lejana y humilde bombilla y orgasmó el cardo. Aún reconocí la fidelidad de la chaquetilla de lana, que ovillé a unos centímetros para apoyar la cabeza que flotaba ya sin control.

## II

Por entre la oscuridad absoluta, no tardé en inventar una luz móvil, que se acercaba. En seguida, en un ritmo en declive, un traqueteo metálico. Un penacho de humo marcaba las sístoles del monstruo. Un chirrido prolongado. Un cardo sorprendido en su lujuria. Un soplido que ahumó el andén.

Sobre los listones de tabla que formaban el asiento corrido, se me inclinó el cuerpo hacia adelante, al tiempo que oí quejarse el maderamen. Al mirar el claror matinal, vi reflejada la cara de un niño austado, con la raya al lado derecho, que se puso en pie y miró sus alparagatas nuevas y su pantalón corto.

Dos lamentos largos autorizan un lento movimiento. Al pasar ante él, deletreé el letrero situado encima de la puerta: "La Bañeza". Desfilaban, cada vez más deprisa, los bultos de las casas..., de los árboles..., de los postes... El ritmo adquirió monotonía. Observé que los bancos de madera se disponían simétricamente de dos en dos, siameses por el respaldo. Las personas que habían subido iban acomodando sus cestos y sus fardos, despabilando a otros adormilados pasajeros. Iban surgiendo algunas conversaciones. Nadie reparaba en mí.

No tardó mucho en disminuir el ritmo del traqueteo. Al asomarme por una ventanilla, algo me azotó un ojo y me obligó a restregarlo. Cuando volví a mirar, ya pude distinguir el letrero: "Santa María de la Isla". Entre los que esperaban para subir, distinguí a mi madre, a la señora Isidora, al señor Eutimio y a dos señores de La Isla. Grité:

—Mamá, ya estoy aquí. —Me oyó y me miró. No entendí lo que dijo.

### Heráclito



*Panta rei. Todo fluye. Nadie se baña dos veces en el mismo río.*

Ya los dos lamentos largos daban de nuevo la salida. El cartero bajaba el terraplén. Me acerqué a mi madre: —¿Cómo has subido tan pronto?

—¡*Velahí!*, estos rapaces *engarrían* como los gatos. —Comentó la señora Isidora. —Allí hay sitio para todos, —informé solícito.

Traté de ayudar a colocar las cosas. —No, no; los cestos aquí abajo, no sea que esos *diabros* se nos caigan encima.

Esos *diabros* eran tres conejos y cuatro gallos, que el señor Eutimio llevaba al mercado de Astorga. Sus *infiernos* eran sendas cestas de mimbre, con las tapas levantadas en pro de la oxigenación de sus inquilinos. Por lo sumisos y pacíficos que iban, no me pareció justo el calificativo. En todo caso, demonios serían los dos curros que llevaban los de La Isla, que están alborotando a nuestra espalda.

Mi madre colocó en el portaequipajes la cesta cuadrada de mimbre, que tiene la cerradura como mi cabás. En ella viajaban cinco docenas de huevos, que deberían convertirse en unas zapatillas para mi hermana y una forca de madera. Antes de subir el fardel, lo abrió y sacó un trozo de chocolate.

—Ten, *roye* esta pastilla; que las sopas las tendrás ya en los *carcañales*, —miraba hacia su amiga.

Pude ver un buen trozo de hogaza; el mazapán que había hecho para mi hermano Laurentino, que estudiaba para fraile redentorista; y la fiambra, que contenía nuestra comida de mediodía.

—Ya está en la cuesta Toral. *Tien pa rato*.

No era para tanto. Sí que iba más despacio; pero seguro que no lo *ganaba* a correr ni Leonides. Siempre me había imaginado el tren en esta cuesta (por como se oía desde Santibáñez) con la lengua fuera y llastiando como los perros.

No tardó ya mucho en llegar al apeadero de Riego. Por la ventanilla observé cómo los que esperaban se repartían por las entradas de los dos vagones de tercera. Distinguí a varios de Villarnera, entre ellos a mis padrinos y a mi tía Feliciano. Adelantaban sus cestas y fardales y luego subían ellos. Nuevas quejas de aviso, y otra vez el traqueteo progresivo. Ya estaban ocupados todos los asientos.

—No los *subás*. *Dejáilos* ahí. Total, *pa* lo que queda...

No pude saber de quién era aquel saco de repollos, que estorbaba mis correrías por el pasillo. Al revisor, ni le preocupó.

—¡*Abate de ahí!* ¿No ves que no dejas pasar a la gente? —me increpó mi madre. —Todo *tien que cundir-lo*, —me disculpó ente nadie.

Mi padrino me preguntaba cosas y yo respondía con monosílabos. Me dio una propina para comprar churros.

—Tienes que estudiar mucho; a ver si también vas *pa* los frailes —concluyó.



Ensayo del Grupo de Teatro La Llamera

—*Deja a ver*. Y si no, ya sabe lo que *i aguarda*: partir *terrones* —apostilló mi madre.

Nunca entendí por qué a la estación de Castrillo le llamaban la de Valderrey, que queda para allá de aquel teso. De todas formas, casi me pasó desapercibida. Alguna gente sí que subió.

Astorga tiene dos estaciones: la de Abajo, llena de máquinas y vagones; y la de Arriba, que es donde baja y monta la gente. La llegada a la estación de Abajo marca la señal para comenzar a moverse los pasajeros y acarrear los bártulos hacia la salida. La estación de Arriba es una sola y, sin embargo hablan de Estación del Norte y Estación del Oeste. Será porque los trenes que llegan de La Bañeza paran en sitio distinto de los que vienen de León...

Nos vimos inmersos en medio del barullo, buscando las calles de Astorga. Algunos gallos alborotaban, mientras otros parecían dormidos. Los más pacíficos eran los conejos. Los patos, con sus alas y sus croadas, sí parecían demonios. Los sacos ponían a prueba las fuerzas y la maña de los hombres. Por lo que pesaban, algunos fardales debían de contener habas o garbanzos.

El sol comenzaba a molestar y aseguraba un nuevo día de bochorno.

Cuando embocamos cuesta arriba, cada grupo se ajustó a su prisa y al peso de su impedimento. Mi madre se unió a mis tíos, en una conversación deslavazada, que ni siquiera intenté seguir. Hacia el final de la cuesta, cruzada la carretera de León, vigila a los eventuales mercaderes la garita del Fielato. Que Dionisio Santos, el encargado de Abastos, fuera sobrino del señor Eutimio, fue suficiente para obviar todo problema. Incluso salió a saludar.

—¿Qué tal, señora Catalina? A ver al fraile ¿eh? —yo le pasé desapercibido. —Sí, hijo, sí. Y a *mercar* algún *aperio*.

—Pues nada; que lo encuentre bien. Y saludos por allá.

Al terminar la subida, mi madre torció hacia la izquierda, en dirección al convento. —¿Usted no vais a la plaza?

—No. Los huevos nos los cogen en la *misma* tienda. Vamos a ver a Laurentino, que más tarde ya no *tiene* modo.

Creí oír a nuestra espalda el claxon de un coche y una voz anunciando la venta de pan. No creé a nadie. Al llegar al pasaje más estrecho de la calle, lo que oí fue un pitido y la misma voz:

—¡El panadeero!

### III

Esta vez, sí. Al otro lado del andén de La Bañeza, con uniforme enharinado, junto a una carreta entoldada, el panadero hacia sonar su pito de árbitro de fútbol. La primera clienta, las manos ocultas bajo el mandil, esperaba el final de la convocatoria.

—¡El panadeero! ¡Venga, señoras, que me voy!

Me incorporé perezosamente. La amenaza de deslizamiento de la chaquetilla de lana puso a prueba mis reflejos. Una rata rondaba confiada la indolente bolsa de basura. El cardo y el yerbajo reposaban su abrazo en el raíl. El sol había situado una espesa tela de araña entre el raíl y un carcomido y seboso durmiente de la vía. En el centro, su rechoncha dueña acechaba. El orín de las vías parecía húmedo.

Una sombra relaja mis ojos, que advierten al final de ella a Benito.

—Ahí cerca hay una cafetería abierta. ¿No tienes hambre? —dijo solícito.

—La cogimos buena, ¿eh?

El sol comienza a molestar y asegura un nuevo día de bochorno.



## Cuentos de Gran:

### La boda del tío Perico

Por M<sup>a</sup> JOSÉ CASTRILLO MARTÍNEZ

Cuentan que en los años aquellos en los que se araba con bueyes y burros, había un gallo, arrogante y cantador, el cual fue invitado a la boda de un tío que se llamaba Juan-Santiago-Pedro (Perico).

El día de la boda, ataviado, limpio y bien mudado, salió a la calle y se encontró con una "moñica" llena de granos de trigo.

—Si como los granos —pensaba— me mancho el pico, pero siempre queda el remedio de limpiarlo en aquella malva.

Y comió los granos. Después fue junto a la malva y le dijo:

—Malva, límpiame el pico para ir a la boda de mi tío Perico.

—¡No quiero!

Más tarde encontró una oveja y le dijo:

—Oveja, come la malva, que no quiso limpiarme el pico para ir a la boda de mi tío Perico.

—¡No quiero!

De ahí marchó a donde un lobo y le dijo:

—Lobo, come a la oveja, que no quiso comer la malva y la malva no quiso limpiarme el pico para ir a la boda de mi tío Perico.

—¡No quiero!

Más adelante encontró un perro y le dijo:

—Perro, mata al lobo, que no quiso comer la oveja, que no quiso comer la malva y la malva no quiso limpiarme el pico para ir a la boda de mi tío Perico.

—¡No quiero!

Encontró luego un palo y le dijo:

—Palo, pégale al perro, que no quiso matar al lobo, que no quiso comer la oveja, que no quiso comer la malva y la malva no quiso limpiarme el pico para ir a la boda de mi tío Perico.

—¡No quiero!

Vio una lumbre después:

—Lumbre, quema el palo, que no quiso pegar al perro que no quiso matar al lobo, que no quiso comer la oveja, que no quiso comer la malva y la malva no quiso limpiarme el pico para ir a la boda de mi tío Perico.

—¡No quiero!

Más adelante encontró agua y le dijo:

—Agua, apaga la lumbre, que no quiso quemar el palo, y el palo no quiso pegar al perro, y el perro no quiso matar al lobo, y el lobo no quiso comer la oveja, y la oveja no quiso comer la malva y la malva no quiso limpiarme el pico para ir a la boda de mi tío Perico.

—¡No quiero!

Siguió andando y encontró harina a la que le dijo:

—Harina, enjuga el agua o no valéis para hacer el pan que comeremos en la boda.

Pero el pan no se hizo, porque la harina no enjugó al agua, el agua no apagó la lumbre, la lumbre no quemó al palo, el palo no le pegó al perro, el perro no mató al lobo, el lobo no comió la oveja, la oveja no comió a la malva y la malva no limpio el pico al gallo.

Y ni el gallo ni nadie pudieron ir a la boda del tío Perico.